

ISABELLE
VON FALLOIS

LA CARTA
DE MARÍA
MAGDALENA



ADVERTENCIA

Macro Ediciones no dispone de noticias o datos diferentes a los publicados. Las informaciones científicas, sanitarias, psicológicas, dietéticas y alimentarias proporcionadas en nuestros libros no comportan ninguna responsabilidad al editor en cuanto a su eficacia y seguridad en el caso de su puesta en práctica por parte de los lectores. **Cada persona debe valorar con buen juicio e inteligencia el recorrido psicológico, curativo y nutricional más apropiado a su caso.** Cada persona debe recabar las informaciones complementarias que considere necesarias, comparando los riesgos y los beneficios de las diversas terapias y regímenes dietéticos disponibles.

Para más información sobre el autor y sobre la colección, visita nuestra página web:

www.macroediciones.com

Titulo original: Der Brief der Magdalena

Copyright © 2017, Isabelle Von Fallois

Publicato in lingua originale da

Europa Verlag

Theresienstr. 18

80333 München, Germania

Coordinación editorial: Simona Empoli, Elio Bortoluzzi

Traducción: María Palma Carvajal Lara

Revisión: Inmaculada Rodríguez Lopera

Coordinación gráfica y portada: Roberto Monti

Maquetación: Valentina Pieri

Impresión: Tipografia Lineagrafica, Città di Castello (PG)

Colección: Nueva Sabiduría

ISBN: 9788828521617

Depósito legal: B 19536-2023

• Primera edición: noviembre 2023

© 2023 Macro

un marchio di Macro Gruppo Editoriale S.r.l.

Via Giardino 30, 47522 Cesena (FC)

Macro Chile

Suecia 0142, Providencia, Santiago de Chile

MACRO Y MEDIOAMBIENTE

El Grupo Editorial Macro salvaguarda el medioambiente de manera concreta, coherente y sostenible. Imprimimos nuestros libros, DVD, revistas, catálogos y folletos en Italia, en papel reciclado y usando tintas ecológicas. Si compras uno de nuestros productos, contribuirás a apoyar el proyecto de la Factoría de la Autosuficiencia (www.autosufficienza.it), una isla autosuficiente desde el punto de vista alimentario y energético que persigue el objetivo de sensibilizar instituciones, empresas y comunidades en pos de un planeta más sostenible. Gracias a su labor a favor de un menor impacto medioambiental, el Grupo Editorial Macro ha sido reconocido por Greenpeace como una editorial "Amiga de los bosques".



La celulosa utilizada para la producción del papel sobre el que se han impreso las páginas de este libro proviene de bosques administrados



La celulosa utilizada para la producción del papel sobre el que se han impreso las páginas de este libro ha sido blanqueada sin el uso de cloro (ECF). Este papel es reciclable.

Las tintas utilizadas para imprimir este libro no contienen compuestos orgánicos volátiles, están exentas de aceites minerales y tienen una base vegetal, ambientalmente compatible.

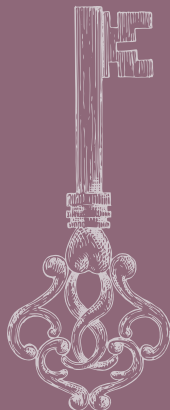
ISABELLE
VON FALLOIS

LA CARTA
DE MARÍA
MAGDALENA



Barcelona • Madrid • Santiago de Chile • Ciudad de México
Cesena • Paris • Montréal

www.macroediciones.com

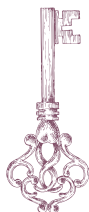


Cada capítulo de esta novela tiene como título el nombre del personaje del que trata y narra lo que le ocurre ese día.

Muchas partes de esta novela son fruto de canalizaciones que transmiten mensajes para la época actual, por lo que están escritas con una lengua y una terminología contemporáneas.

Prólogo

SALZBURGO, 19 DE JULIO DE 2013



Cuando el último acorde se desvaneció, reinó el silencio durante unos instantes en el Gran Festival de Teatro. La poderosa música de *Tristán e Isolda* de Wagner había hechizado a los oyentes.

Cuando el Maestro Jean Chevalier, el mejor intérprete wagneriano de su época, se inclinó ante los cantantes y la orquesta, con las manos juntas en oración sobre la frente, nadie se atrevió aún a moverse.

Solo cuando el director comenzó a abandonar su asiento resonaron los primeros «Bravo» por encima del aplauso atornador del público del estreno, reunido para la inauguración del Festival de Salzburgo.

Cruzando el estrecho pasadizo entre bastidores, Jean Chevalier se apresuró hacia el escenario para acoger a tiempo los aplausos. Una extraña sensación se había apoderado de él. ¿Se debería a que, después de tanto tiempo, su hija Marie había vuelto a una representación en la Ópera? No sabía cómo explicar aquella sensación. Y, de todos modos, ahora no tenía tiempo para pensar en ello, puesto que ya era el turno de Tristán e Isolda de recibir el homenaje del público y él sería el siguiente. El frenético aplauso del público se prolongó unos instantes más. Fue una gran alegría ver a su Tristán, alias Christian

Dannenberg, y a su Isolda, cuyo nombre real era Greta Nordeng, recibir la ovación del público.

Cuando se encontró siendo el foco de atención, todo el teatro se puso en pie y lo aclamó como nunca antes. Buscó con la mirada a su hija sentada en primera fila y no pudo contenerse. Las lágrimas empezaron a caerle en silencio por el rostro.

Profundamente emocionado, abandonó el escenario para dirigirse, como hacía siempre después de una actuación, a su camerino y rezar una oración. En su corazón sabía que tenía que darse prisa. Dios lo entendería. Porque había asuntos importantes que debía tratar con su hija. Ya no era posible posponerlo más.

Lleno de ímpetu, subió los escalones hasta su camerino. Sentado en su silla frente al espejo iluminado, cerró los ojos y comenzó a rezar.

Entonces, la puerta se abrió con un ruido casi inaudible pero fuerte para el oído del Maestro, como un sacrilegio: ¿quién se atrevería a molestarlo? Ni siquiera Marie se habría atrevido, todo el mundo sabía la razón por la que se retiraba después de una actuación. Tal vez se había equivocado.

Pero volvió a oírse aquel ruido, como el de una respiración desconocida. Automáticamente, el Maestro Chevalier abrió los ojos y vio, no lejos de la puerta, a un hombre que nunca había visto antes. La tarjeta que llevaba al cuello lo identificaba como empleado del Festival de Salzburgo. Sin embargo, era extraño que llevara guantes.

—¿No sabes que después de una función, durante cinco minutos, no deseo que me molesten? —preguntó Jean Chevalier en voz baja pero firme.

—Disculpe, estimado Maestro —respondió el desconocido con un respeto fingido, haciendo una reverencia con la cabeza—. Tengo aquí algo que debe llegar con urgencia a manos de su hija.

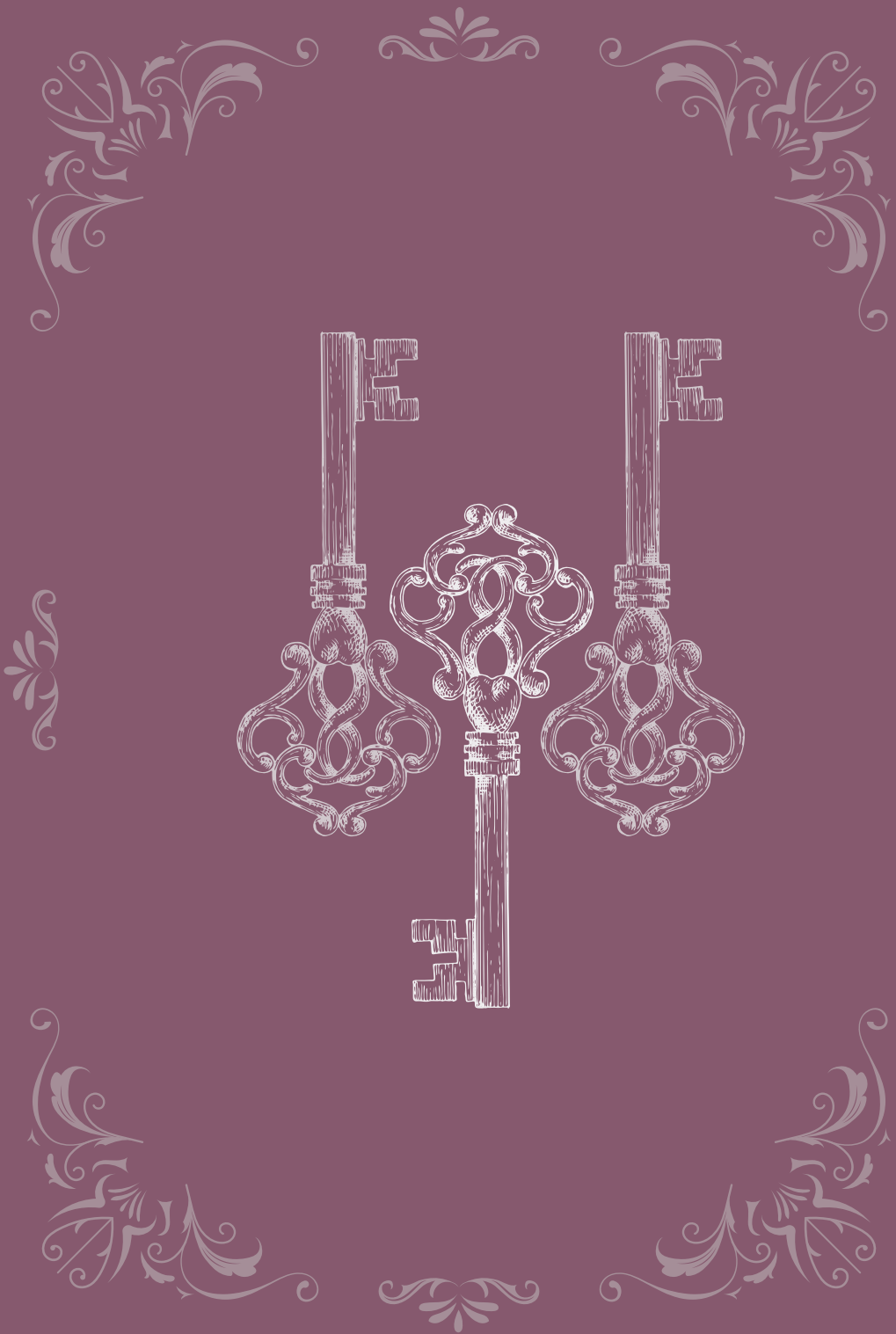
—Entonces no pasa nada —respondió el Maestro en un tono más conciliador—. Dámelo a mí.

En ese mismo instante, el desconocido sacó un arma de su cinturón, apuntó al corazón de Chevalier y disparó. Sin emitir sonido alguno, el Maestro se desplomó herido de muerte.

El agresor se metió la pistola con silenciador bajo la chaqueta y salió con premura de la habitación.

Marie esperaba que su padre hubiera terminado su oración. Había tardado un poco en ir a verlo. Al doblar la esquina y buscar con la mirada las placas de las puertas, vio con asombro a un hombre que salía a paso ligero del camerino del director de orquesta. ¿Quién podía tener tanta confianza con su padre como para visitarlo justo después del espectáculo?

Intrigada, agarró el picaporte y abrió la puerta. Delante de ella estaba su padre sentado frente al espejo bañado de sangre. Un grito se le escapó y resonó por los pasillos. Marie se recompuso y corrió hacia su padre con la esperanza de poder salvarle la vida. ¿Qué iba a hacer ahora? Pasos apresurados en el pasillo, la ayuda estaba en camino. Pero una voz en su cabeza ya lo había concluido: cualquier ayuda llegaría tarde. Llorando desconsolada, se desplomó en el suelo junto a su padre.



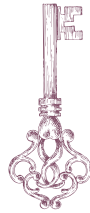


PRIMERA PARTE

LOS
COMPAÑEROS
DE VIAJE

MARIE

PARÍS, 27-28 DE AGOSTO DE 2013



Un aguacero de verano azotaba el tejado del piso de Marie, y ella esperaba que las ventanas de la casa, que estaban en mal estado, resistieran el golpe. Cuando había encontrado y alquilado el cómodo piso de Montmartre, no había tenido eso en cuenta. Conciliar el sueño era imposible. No solo por la tristeza. Desde niña la atormentaban pesadillas que, desde el asesinato de su padre unas semanas antes, se habían agravado aún más.

Envuelta en la bata de terciopelo azul de su padre, que le quedaba más que grande, Marie decidió prepararse un té japonés, su método favorito para evadirse del horror de sus sueños. No podía confesar a nadie que ya no sabía qué había sido de ella. ¿Dónde había ido a parar la joven y exitosa profesora de arte que hacía solo unos meses había recibido un premio internacional? ¿Era posible que ella y aquella mujer segura de sí misma fueran la misma persona? Marie ni siquiera tuvo el valor de confiárselo a Véronique, su mejor amiga. Mientras la tetera borboteaba con tranquilidad, Marie se sentó en el banco de la mesa de la cocina, con las rodillas apoyadas en el pecho y la cabeza metida entre los brazos, y dejó correr todas las lágrimas. Solo se sacudió cuando el silbido de la tetera la devolvió a la realidad y la hizo callar. Ojalá hubiera sido tan fácil acallar incluso las voces de su cabeza.

Perdida en sus pensamientos, se quedó mirando la fotografía de su padre, que le hacía compañía allí, en la mesa de la cocina. En aquella época, en la flor de la vida, su cabello oscuro espeso solo estaba veteado por algunos mechones de plata, y sus ojos azules como el acero parecían observarla con amor y sabiduría al mismo tiempo. Su padre siempre había sido muy cercano a ella sin dejar de ser un enigma. ¿Por qué él, que siempre tenía una respuesta para todo, se había negado a educarla? ¿Por qué le había negado el acceso a los poderes superiores? ¿De verdad era tan terrible que se hubiera encomendado a la ciencia y a la investigación en lugar de a sus propias verdades espirituales a medias?

¡Cuántas veces se había avergonzado de él! Pero ¿cómo podía explicarse que un músico de gran éxito y director de orquesta de fama mundial como él se permitiera semejantes tonterías de vez en cuando? Que su padre fuera siempre tan imperturbable, lo que ella había vivido casi como una provocación; ese autocontrol, ella nunca habría sido capaz de tenerlo. Ahora que ya no podía hablar con él, lamentaba haberlo evitado durante los últimos años. Demasiadas diferencias con su forma de pensar. Y demasiado tarde se había dado cuenta del cariño con el que él siempre la había seguido con sus pensamientos, por muy lejos que le hubieran llevado sus viajes.

En aquel momento, nunca hubiera imaginado que lo echaría tanto de menos. Solo después de su muerte se dio cuenta de que estaba irremediablemente sola con ese dolor que la atravesaba como un puñal. Nunca volvería a verlo, nunca podría volver a hablar con él. Cuando se acordó, el té se había quedado frío y amargo y Marie decidió que era hora de irse a dormir. No soñar, al menos por una vez, era su mayor deseo. Se acurrucó debajo de la manta en posición fetal, rezando para que se le concediera una noche tranquila y reparadora.

Pasaron solo unos segundos y se encontró mirando a su alrededor, asustada y asombrada, cuando vio alzarse frente a ella la fachada de una gran catedral. Era noche profunda y, sin

embargo, Marie tuvo la clara sensación de que la observaban una infinidad de figuras ocultas en la oscuridad. Un frío glacial la hizo temblar como una hoja.

Entonces un relámpago iluminó la noche, trazando una cruz en el cielo. No podía ser una casualidad. Era una señal, era para ella, Marie estuvo segura de inmediato, tenía que serlo, no se preveía ninguna tormenta. Pero seguía estando en peligro. Tenía esa intuición. Tenía que encontrar un escondite y, con una lentitud casi insoportable, se abrió paso con cautela entre las sombras de las paredes hasta una puerta lateral que sabía que estaba abierta. Automáticamente, dirigió una plegaria al cielo con la esperanza de que el crujido de la puerta no la delatara. A lo lejos, se oyeron los ladridos de un perro y Marie abrió la puerta con un fuerte golpe. El crujido la estremeció hasta la médula, pero el ruido quedó sepultado por los ladridos de los perros. Con pasos rápidos, se deslizó por el estrecho pasadizo que conducía a la iglesia. Lo que buscaba tenía que estar aquí. Así que comenzó a buscarlo con una desesperación del todo inexplicable, como con una sensación que le decía que las cosas solo podían ser así.

Marie se agachó entre las filas de bancos, arrodillada ante una hermosa estatua de la Virgen con el Niño. Una misión. Esta búsqueda era una misión que tenía que llevar a cabo. Pero ¿quién se la había encomendado? ¿Qué era esta misteriosa misión? ¿Qué buscaba? ¿Tal vez estaba demasiado ciega? ¿Y por qué tenía la absoluta certeza de que estaba en peligro? Marie escondió la cara entre las manos, acunándose con suavidad, hasta que un ruido la hizo estremecerse. Miraba fijamente a la oscuridad con los ojos muy abiertos por el miedo cuando oyó que alguien se acercaba. Más de una persona, a juzgar por los pasos.

Antes de que pudiera reaccionar, Marie se vio rodeada de figuras envueltas en ropas oscuras y con las cabezas cubiertas por un velo negro. Una voz aguda le preguntó:

—¿Qué buscas aquí, indigna? ¿O es que ya has robado lo que en realidad nos pertenece? —Unas manos invisibles la agarraron por detrás. Marie no pudo pronunciar ni una palabra.

La voz se hizo más amenazadora:

—¡Habla o sabrás lo que significa tener miedo!

Pero Marie parecía paralizada. La agarraron con más fuerza y la arrastraron cogida por los brazos a través de la catedral. Un hombre la asió con torpeza por detrás. Y luego continuaron por pasadizos subterráneos. Al final, la arrojaron al suelo desnudo como un saco empapado. Se le escapó un grito ronco, después apretó las mandíbulas con miedo y abatimiento. El horror no tenía fin, la agarraron y la encadenaron sobre una mesa gélida. Entonces, le quitaron los pantalones.

Con la fría punta de un puñal, uno de los hombres le cortó el encaje de las bragas para dejar a la vista de todos la parte más vulnerable de su cuerpo.

Marie sintió que le subía a la garganta un sollozo que amenazaba con ahogarla cuando alguien le susurró:

—¡Si no nos dices lo que queremos saber, pequeña zorra, te destrozaremos tanto el cuerpo que ya no podrás disfrutar de tu vida! ¿Me has entendido?

A Marie se le escapó un grito agudo de la garganta que la extrajo de la oscuridad de las catacumbas. Presa del pánico, se sentó en la cama, preguntándose dónde se encontraba.

Fue el sonido conocido de las campanas lo que se lo reveló, las campanas de la cercana Basílica del Sagrado Corazón anunciando la medianoche, y Marie reconoció su pequeña buhardilla y el familiar azul del albornoz de su padre tendido a su lado.

Su respiración se calmó. Aunque desde la muerte de su padre la habían perseguido varias versiones del mismo sueño, ninguna había sido tan terriblemente real como la que acababa de tener. ¿Cómo debía interpretarlo? ¿Acaso había deseos morbosos latentes en su subconsciente? ¿Era esta tal vez la ra-

zón por la que sus relaciones con los hombres nunca habían durado mucho tiempo?

Marie estaba disgustada. No era de extrañar que no tuviera el valor de contar sus tribulaciones nocturnas ni siquiera a su mejor amiga Véronique. Sobre todo porque el terror de haber sido torturada de aquella manera pérfida estaba tan vivo en sus ojos que no podía imaginarse el querer revivirlo hablando de ello.

Necesitaba aire, respirar. En cuanto pudo volver a moverse, llegó a la ventana y asomó la cara al aire nocturno. Qué bien le hacía. Y, sin embargo, se sentía sola bajo la bóveda celeste.

Mientras la observaba con los ojos muy abiertos, vio pasar una estrella fugaz. Sin duda, era una señal, tenía que ser una advertencia. Y en ese mismo momento tuvo una revelación. El motivo era tal vez el siguiente: su subconsciente quería que resolviera el enigma que la atormentaba desde la muerte de su padre, ¡el secreto de la llave dorada! La llave que, ordenando los papeles de su padre, había encontrado en su caja fuerte, envuelta en una preciosa hoja de papel en la que estaban escritas las siguientes palabras:

Querida hija:

Con esta llave te dejo un legado tan valioso como peligroso.

En cuanto se sepa que te has convertido en la nueva guardiana de este tesoro celestial, tu vida dejará de estar a salvo.

Me entristece muchísimo no tener ya tiempo para explicarte las cosas. Además, por desgracia no puedo protegerte, pero lo que queda de mi fuerza continuará viviendo en ti. Por favor, cuídate, mi querida niña. Créeme, todo lo que se interponía entre nosotros está olvidado. Por favor, nunca lo olvides: la llave debe estar absolutamente protegida. Y confía en mí por última vez.

Je t'embrasse fort. Un fuerte abrazo.

Tu padre

Pensativa, Marie observó las estrellas del cielo. No pudo resistirse a la sensación de tener, por una vez, que pedir ayuda. ¿Quién sabe si su padre habría escuchado la plegaria? ¿O alguna otra fuerza? Ni siquiera ahora podía creerlo, no del todo. Pero una cosa estaba clara: la versión oficial de la policía no arrojaba en absoluto ninguna luz sobre la muerte de su padre. La versión era que había sido un psicópata quien había asesinado a Jean Chevalier debido a una obsesión patológica por Richard Wagner. Por supuesto, Marie sabía que *Tristán e Isolda*, o más bien la *Acción en tres actos*, como el propio Wagner había llamado a esta gran ópera, producía efectos muy especiales. Se decía que esta música singular tenía el poder de elevar algunas almas y arrastrar a otras a la locura.

Marie había rechazado la idea encogiéndose de hombros, como hacía con todo lo relacionado con lo paranormal. Seguro que no tenía nada que ver con la muerte de su padre, pero tenía que haber algo más detrás. Recordaba muy bien a aquel desconocido que se había alejado del camerino del director de orquesta. Y estaba segura al cien por cien de que su actitud no había sido la de una persona con problemas mentales, sino que había actuado con la lúcida frialdad de un sicario. Como es natural, no podía confesárselo a nadie. Le habría parecido una idea descabellada. No, debía guardárselo todo para sí misma.

Pero sentía la necesidad de que la entendieran y la ayudaran.

Un escalofrío la recorrió cuando allí, en presencia de las estrellas, su pesadilla volvió a ella. Se armó de valor, volvió la mirada al cielo y, con voz vacilante, exclamó:

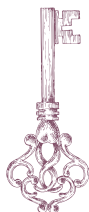
—Vosotros, seres de luz de ahí fuera, seáis quienes seáis, por favor, ayudadme a superar las pesadillas y a desvelar el secreto de la llave dorada. Por favor, seguid enviándome señales, quiero moverme por el mundo con atención. Por favor, ayudadme y mostradme el camino que debo seguir. Y, por fa-

vor, ¡protegedme del mal que acecha en la oscuridad de mis sueños y del que me advirtió mi padre!

En cuanto pronunció estas palabras, Marie se sintió envuelta en un capullo de amor y protección. Asombrada y extrañamente reconfortada, se apartó de la ventana y se fue a dormir sin dilación; en ese momento se sintió en paz consigo misma y con el mundo.

JULIEN

PARÍS, 28 DE AGOSTO DE 2013



Era temprano por la mañana cuando Julien despertó de un sueño intenso. Estaba casi sin aliento y albergaba en su interior la vívida imagen de una mujer muy atractiva envuelta en luz. Por instinto, supo que no era su madre. Pensó en ella con gratitud, puesto que fue ella quien le había enseñado a darle importancia a los sueños y, a la hora de interpretarlos, a no dejarse llevar por las emociones, como aquel deseo ardiente que persistía en su interior. Julien le estaba agradecido a su madre, pues, desde niño, le había preparado para su verdadera misión sin descuidar su formación en canto. A menudo se preguntaba si ella habría tenido entonces el presentimiento de que no podría acompañarlo mucho tiempo en vida.

¿Quién era la mujer del sueño? No dudó ni un instante de que había una conexión con la realidad, con una mujer de carne y hueso. No obstante, no podía ser la joven que estaba allí, en su cama, sobre cuyo cuerpo desnudo se posó la mirada de Julien. No, definitivamente no. La compañera de placer que tenía al lado no era alguien importante para él. Lo sentía en la piel. Sin embargo, sueño o no, era una presencia muy real y él estaba más que dispuesto a dejarse llevar de nuevo por el placer. Se inclinó hacia la bella durmiente y comenzó a

rozarle con los labios los pechos turgentes. Giulia reaccionó de inmediato, él vio que se había despertado y que se entregaba de buen gusto a la excitación que él despertaba en ella. Con la mirada aún somnolienta, lo observaba con adoración, como si fuera una estatua griega. Desde luego, Julien no era de mármol y, por la actitud de Giulia, estaba claro que quería darse el gusto una vez más.

Después de alcanzar varias veces la cima del placer, cayeron exhaustos sobre las almohadas de la cama enorme. Giulia susurró a Julien al oído:

—Te quiero, cariño. —Lo que desconcertó a Julien.

Se dio cuenta de que su «Tú también me gustas mucho» como respuesta era forzado. Miró el reloj.

—Son las seis y media, tengo que levantarme —añadió, dando un salto de la cama.

—¿Qué? ¿Ya? —replicó Giulia alterada, intentando llevarlo de nuevo a la cama. Pero Julien ya se había apartado y los sensuales movimientos de Giulia, que solían surtir el efecto deseado en los hombres, fueron en vano.

Julien agarró con rapidez su camiseta y su bóxer antes de salir del dormitorio.

En la sala de música lo recibió la luz del sol, feliz de que la estancia que utilizaba no solo para cantar y hacer música, sino también para sus ejercicios matutinos de yoga, estuviera orientada al este.

Desenrolló la esterilla de yoga azul sobre el parqué junto al piano Steinway, se recogió el pelo negro que le llegaba hasta los hombros y luego juntó las delgadas manos frente al pecho en el gesto del namasté.

Entonó el sonido sagrado «OM» y se sintonizó con la paz interior.

Cuando Julien se dio cuenta de que su respiración se había calmado, mientras disminuían las oleadas de placer que

acababa de experimentar, se concentró por completo en el exigente saludo al sol que le encantaba practicar, aunque no había día en que aquellas punzadas insoportables en la rodilla izquierda no le recordaran el accidente que había sufrido en el escenario, pero eso no le impedía hacer su propia variante. Sabía que su cuerpo se beneficiaba de ello, que lo mantenía en forma y esbelto. Y someterse a esta disciplina le proporcionaba un gran placer, ni siquiera la mujer más bella y seductora podía distraerlo de sus ejercicios matutinos y de la sensación de ser uno con el universo.

A regañadientes, terminó primero sus ejercicios de yoga, ya que no quería irritar sin necesidad a Giulia. Julien sabía que no le gustaba que la desatendieran y la dejaran sola en la cama.

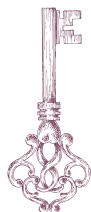
Se metió en la ducha, disfrutando del chorro de agua caliente sobre su cuerpo y lavando los últimos restos de lo que lo había oprimido.

Ya relajado por completo, se secó, se puso su camisa favorita sobre unos vaqueros ajustados que realzaban su figura esculpida por el ejercicio y luego se dedicó a su brillante cabello negro. Con una sonrisa, se fijó en el mechón plateado a la altura de la raya. Una pizca de vanidad, combinada con su talento como cantante, le correspondía, lo sabía, y le garantizaba el éxito con las mujeres. Con cautela, se asomó a la puerta del dormitorio. Giulia seguía profundamente dormida, así que decidió preparar el desayuno y servírselo en la cama. Tarareando, cortó la fruta en trozos pequeños y los dispuso en forma de mandalas en dos platitos de porcelana fina. Después, sirvió un poco de té Sencha, anticipando el placer de saborear su té verde favorito. Echó otra mirada crítica a la fruta y a las dos tazas muy frágiles de la bandeja lacada y asintió con la cabeza.

Cuando Giulia abrió los ojos, al principio quiso enfurruñarse, pero al ver el desayuno preparado con tanto esmero,

se sentó en la cama con los ojos brillantes. De inmediato se puso el picardías transparente que al parecer había tirado al suelo la noche anterior y se dedicó a los manjares. Cuando Julien le metió un trozo de mango en la boca, se le iluminó la sonrisa. Ella conocía de sobra la reputación que tenía como tenor, pero ¡encima también tenía estas cualidades! Giulia ya se había dado cuenta de que Julien de la Tour era un partido excelente durante los ensayos en Salzburgo, pero nunca había esperado que el tenor más solicitado del mundo fuera también un amante tan experimentado. Fue mucho más que una influencia positiva en su carrera como primera cantante de ópera. Y decidió que no solo quería ser una de sus muchas famosas e infames aventuras amorosas, sino que lo ataría durante mucho tiempo.

Biografía de Isabelle von Fallois



Isabelle von Fallois creció en una familia de artistas y ya de niña quería ser pianista, aunque ya había tenido visiones celestiales tras una experiencia cercana a la muerte alrededor de los ocho años.

Estudió Música en la Escuela Superior de Música y Teatro de Múnich y más tarde fue alumna del pianista Arnaldo Cohen y del maestro Sergiu Celibidache. De esta época data también su intensa actividad con cantantes y exponentes del mundo de la danza clásica y el flamenco.

Un tipo de leucemia que puso en peligro su vida la llevó de nuevo a tratar con más afán los fenómenos paranormales, lo que fue decisivo para su recuperación.

Ha escrito varios ensayos, entre ellos los superventas *Ángeles y unicornios* y *La fuerza sanadora de tus ángeles*.

Este libro es su primera novela.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	5
Primera parte – Los compañeros de viaje	9
Segunda parte – Las tramas del misterio	73
Tercera parte – En busca de respuestas	143
Cuarta parte – Aliados y enemigos	203
Quinta parte – Tras las huellas de María Magdalena.....	253
Sexta parte – Los elegidos, más allá de los peligros y las amenazas	319
Séptima parte – En vías de respuestas	401
Octava parte – La fuerza de la profunda amistad.....	439
Novena parte – Fe y amor para llevar a cabo la misión...	513
Décima parte – El objetivo, los papiros, el descubrimiento	563
<i>Epílogo</i>	686
<i>Obras musicales mencionadas en el libro</i>	688
<i>Agradecimientos</i>	698
<i>Biografía de Isabelle von Fallois</i>	702



¿CUÁL ES EL MENSAJE OCULTO QUE NOS DEJÓ MARÍA MAGDALENA?

La primera novela de Isabelle von Fallois
revela un legado que puede cambiar el mundo.

Tras la muerte de su padre, el famoso director
de orquesta Jean Chevalier, Marie debe darse
cuenta de que el mundo no es lo que parece.
Detrás de la llave dorada que él le dejó en herencia
se esconde un secreto desconcertante.

Marie profundiza cada vez más en los misterios
de la música de Richard Wagner:

¿Hay algún mensaje oculto dejado por
María Magdalena, compañera de Jesús?

